

Verdades simples, problemas difíciles: algunos pensamientos sobre el terror, la justicia y la defensa propia^(*)

Noam Chomsky^(**)

Para disipar cualquier falsa expectativa, realmente voy a atenerme a verdades bastante simples, tanto que pensé en sugerir el título "In Praise of Platitudes"⁽ⁱ⁾, con una disculpa adelantada por el carácter tan elemental de estas observaciones. La única justificación para continuar con este curso es que los truismos son ampliamente rechazados, en algunos casos cruciales de manera casi universal. Y las consecuencias humanas son serias, particularmente en relación a los problemas difíciles que tengo en mente. Una razón por la que son difíciles es que esos truismos morales son tan comúnmente despreciados por aquellos con suficiente poder para hacerlo con impunidad, porque ellos ponen las reglas.

Acabamos de ser testigos de un dramático ejemplo de cómo ellos ponen las reglas. El último milenio terminó, y uno nuevo se inició, con una extraordinaria muestra de autoadulación por parte de los intelectuales de occidente, quienes se elogiaban a ellos mismos y a sus líderes por introducir una "noble fase" de política exterior con

un "brillo celestial", mientras ellos se adherían a los "principios y valores" por primera vez en la historia, actuando de "puro altruismo", siguiendo la pista del "nuevo mundo idealista determinado a terminar con lo inhumano", unida por su compañero leal quien solo, comprende la verdadera nobleza de la misión, que ha evolucionado aun más en "la mesiánica misión de Bush de injertar democracia en el resto del mundo" -todo citado de la prensa élite y los intelectuales. No estoy seguro si es que hay una contraparte en la no tan gloriosa historia de las élites intelectuales modernas. El logro más noble fue una "revolución normativa" en los años noventa, que estableció una "nueva norma en los negocios internacionales": el derecho a auto designarse los "Estados iluminados" para recurrir, para forzar, para proteger a las personas que sufren, de los monstruos del mal⁽¹⁾.

Como cualquier persona familiarizada con la historia sabe, la revolución normativa no es del todo nueva, fue un constante estribillo del imperialismo europeo, y los retóricos vuelos de los fascistas japoneses, Mussolini, Hitler, Stalin y otras grandes

(*) El presente artículo fue publicado originalmente bajo el nombre de *Simple Truths, Hard Problems: Some thoughts on terror, justice, and self defence*. En: *Philosophy*. Número 80, 2005. pp. 5-28. Este artículo fue presentado antes como un discurso en el *Royal Institute of Philosophy's Annual Lecture* el 19 de Mayo de 2004, en Londres. La traducción del presente texto, con autorización expresa del autor, estuvo a cargo de Lorena Bazay Dulanto y Raúl Vizcarra Castillo, miembros de la Asociación Civil **ius et veritas**; y Luis Hildebrandt, alumno de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

(**) Lingüista y Analista Político. Profesor Emérito del Massachusetts Institute of Technology.

(i) Al emplear la palabra "platitude" se hace referencia a afirmaciones, que si bien son ciertas, no son interesantes. En ese sentido, se podría traducir dicho título como "alabanza respecto a perogrulladas".

(1) Para ver fuentes al respecto, consultar mi obra *New Military Humanism*. Common Courage, 1999; *A New Generation Draws the Line*. Verso, 2000; y, *Hegemony or Survival*. Metropolitan, 2003 (actualizado el 2004). Me mantendré apegado a citas que no son fáciles de localizar en trabajos estándar, o en libros recientes de mi autoría, incluyendo estos.

figuras no fueron menos nobles, y muy posiblemente igualmente sinceras, como lo revelan algunos documentos internos.

Los ejemplos dados para justificar el coro de autoadulación colapsan con la más leve inspección, pero me gustaría plantear una pregunta diferente, orientada a cómo las reglas son planteadas: ¿por qué fue la “revolución normativa” en la década del noventa, no la del setenta, de lejos, una candidata más razonable?

La década del setenta empezó con una invasión india al este de Pakistán, salvando, probablemente, millones de vidas. Se cerró con la invasión de Vietnam a Camboya, expulsando al Khmer Rouge justo cuando sus atrocidades alcanzaban la cumbre; antes de eso, el servicio de Inteligencia del Departamento de Estado, de lejos la fuente mejor informada, estimaba muertes por docena o cientos de miles, no de un “genocidio masivo” sino de un “cambio brutal y rápido”, lo suficientemente horrible, pero no acercándose a las predicciones de los altos oficiales estadounidenses en 1975, que un millón podría morir como resultado de la masacre de los primeros años de bombardeos y atrocidades. Sus efectos han sido discutidos en la literatura académica, pero tal vez el relato más simple son las órdenes del presidente Nixon que Henry Kissinger transmitió, en la manera usual de un burócrata obediente, a los comandantes militares: “Una campaña de bombardeo masivo en Camboya. Cualquier cosa que vuele sobre cualquier cosa que se mueva”⁽²⁾. Es raro para una llamada de crímenes de guerra que sea tan severa y explícita, sin embargo es normal que sea considerada completamente insignificante entre los perpetradores, como en este caso; cuando fue publicado no recibió ninguna reacción. Para cuando sucedió la invasión vietnamita, sin embargo, los cargos de genocidio que provocaron la furia masiva desde el momento de la toma por Khmer Rouge en abril de 1975, con un nivel de fabricación que pudo haber impresionado a Stalin, fueron finalmente plausibles. Entonces la década del setenta fue, ciertamente enmarcada por dos auténticos casos de intervención militar que terminaron en crímenes aterradoros.

Aun cuando tengamos que aceptar los reclamos más extremos del coro de adulación de los líderes

de los “Estados iluminados”, en los noventa no había nada que se asemejara a las consecuencias humanitarias resultado de recurrir a la fuerza que enmarcó la década del setenta. Entonces ¿por qué esa década no trajo una “revolución normativa” con la política exterior de los salvadores que gozaban del “brillo celestial”? La respuesta es la simplicidad misma, pero aparentemente indeclarable; por lo menos, yo nunca he visto un indicio de ella en el diluvio de la literatura en este tema. Las intervenciones de los años setenta tuvieron dos fallas fundamentales: (i) fueron llevadas a cabo por los agentes equivocados, ellos, no nosotros; (ii) ambas fueron amargamente denunciadas por el líder de los “Estados iluminados”; los perpetradores del crimen de exterminar el genocidio, fueron severamente castigados, particularmente Vietnam, supeditado a una invasión china respaldada por los Estados Unidos, para enseñarle a los criminales una lección para terminar con los crímenes de Pol Pot, luego severas sanciones y un apoyo directo de los Estados Unidos y el Reino Unido al expulsado Khmer Rouge. Seguido de que los años setenta no pudieron haber traído una “revolución normativa”, y nadie nunca ha sugerido que lo hicieron.

El principio conductor es elemental. Las normas han sido establecidas por los poderosos, a favor a sus propios intereses, y con la ovación de los intelectuales responsables. Esto puede estar cerca a las históricas proposiciones universales. Por muchos años he estado en busca de excepciones. Hay algunas, pero no muchas.

Algunas veces el principio es explícitamente reconocido. La norma para la justicia internacional *post* segunda guerra mundial fue establecida en Nuremberg. Para llevar a los criminales nazis a la justicia, fue necesario idear definiciones para “crimen de guerra” y “crimen contra la humanidad”. Telford Taylor, abogado encargado del procesamiento, y un distinguido abogado e historiador internacional, ha explicado cándidamente como fue hecho esto: “Ya que los dos bandos en la Segunda Guerra Mundial jugaron un terrible juego de destrucción urbana -los Aliados con mucho más éxito-, no hubo una base para los cargos criminales contra los alemanes y japoneses, y en realidad, ninguno de esos cargos

(2) BECKER, Elizabeth. *Kissinger Tapes Describe Crises, War and Stark Photos of Abuse*. En: *New York Times*. Mayo 27, 2004.

fue invocado, el bombardeo aéreo fue extensivo y cruelmente utilizado tanto por el lado de los Aliados como por el del Eje que ni en Nuremberg ni en Tokio fue tema tocado en los juicios⁽³⁾.

La definición operativa de “crimen” es: “Crimen que ustedes llevaron a cabo pero nosotros no”. Para resaltar el hecho, los criminales de guerra nazi podían ser absueltos si la defensa podía probar que su contraparte estadounidense llevó a cabo los mismos crímenes.

Taylor concluye que “para castigar al enemigo -especialmente el vencido- por conducta en la que la nación impulsadora se ha comprometido, sería groseramente poco equitativo como para desacreditar a las leyes mismas”. Eso es correcto, pero la definición operativa también desacredita las leyes mismas, junto con los subsecuentes tribunales. Taylor proporciona esta información como parte de su explicación de por qué el bombardeo de Estados Unidos a Vietnam no fue un crimen de guerra. Su argumento es plausible, un mayor descrédito a las leyes mismas. Algunos de los subsecuentes tribunales son desacreditados quizá de maneras más extremas, como en el caso Yugoslavia *versus* OTAN que está siendo adjudicado a la Corte Internacional de Justicia. Los Estados Unidos fueron excusados, correctamente, sobre la base de su argumento de que este caso no es jurisdicción de la Corte. La razón es que los Estados Unidos firmaron la Convención de Genocidio (la cual es un problema aquí) con una cláusula que decía que es inaplicable a los Estados Unidos.

En un comentario muy indignado, sobre los esfuerzos de los abogados del Departamento de Justicia para demostrar que el presidente tiene el derecho de autorizar la tortura, el Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Yale, Howard Koh -quien, como asistente del Secretario de Estado, había presentado la denuncia de Washington respecto de todas las formas de tortura a la comunidad internacional-, dijo que “la noción de que el presidente tiene el poder

constitucional para permitir la tortura es como decir que tiene el poder constitucional de cometer genocidio⁽⁴⁾. Los mismos consejeros legales deben tener un poco de dificultad para argumentar que el presidente, sin duda, tiene el derecho.

El Tribunal de Nuremberg es comúnmente descrito por distinguidas figuras en el campo del Derecho y la justicia internacional como “el nacimiento de la jurisdicción universal⁽⁵⁾”. Eso es correcto solo si entendemos “universalidad” en concordancia con la práctica de los “Estados iluminados”, quienes definen “universal” como “lo aplicable solo a los demás”, particularmente a los enemigos.

La conclusión más correcta en Nuremberg es que desde ese momento ha podido ser posible castigar tanto a los victoriosos como a los enemigos derrotados. Ni en los procesos *post* guerra ni en lo subsecuente, los poderosos han sido sometidos a las reglas, no porque no hayan cometido crímenes -por supuesto que lo han hecho- sino porque son inmunes bajo los vigentes estándares morales. Las víctimas parecen entenderlo muy bien. Los servicios de cable reportan desde Irak que “si los iraquíes ven alguna vez a Saddam Hussein en el puerto, querrán a sus ex aliados americanos encadenados junto a él⁽⁶⁾”. Ese inconcebible evento podría ser una revisión radical del principio fundamental de la justicia internacional: los tribunales deben ser restringidos a los crímenes de los otros.

Existe una excepción marginal, la cual en realidad resalta la fuerza de la regla. El castigo es permisible cuando es un mero golpe en la muñeca, evadiendo crímenes reales, o cuando la culpa no puede estar restringida a figuras menores, particularmente cuando ellos no son como nosotros. Fue, por ejemplo, considerado propicio castigar a los soldados que llevaron a cabo la masacre de My Lai, unos GP⁽ⁱⁱ⁾ medio educados, medio locos, en el campo, sin saber quién les iba a disparar luego. Pero fue inconcebible que el castigo pudiese alcanzar hasta a los que planearon

(3) TAYLOR, Telford. *Nuremberg and Vietnam: an American Tragedy*. Times Books, 1970.

(4) ALDEN, Edward. *US Interrogation Debate: Dismay at attempt to find legal justification for torture*. En: *Financial Times*. Junio 10, 2004.

(5) GOLDSTONE, Richard. *Kosovo: An Assessment in the Context of International Law*. En: *Nineteenth Morgenthau Memorial Lecture, Carnegie Council on Ethics and International Affairs*. 2000.

(6) GEORGY, Michael. *Iraqis want Saddam's old U.S. friends on trial*. En: *Reuters*. Enero 20, 2004.

(ii) GP son las siglas de lo que se denomina “General Purpose”, en este caso referido a los soldados reclutados para luchar en la guerra de Vietnam.

e implementaron la operación *Wheeler Wallawa*, una operación de asesinatos masivos en la que My Lai fue un pequeño pie de página⁽⁷⁾. Los hombres de las oficinas con aire acondicionado son como nosotros, por ende inmunes por definición. Ahora somos testigos de ejemplos similares en Irak.

Podríamos regresar en esta conexión a la transmisión de Kissinger de las órdenes de Nixon sobre el bombardeo en Camboya. En comparación, la ampliamente difundida admisión por Serbia de haber estado involucrada en la masacre Srebrenica no amerita mucha atención. Los fiscales del Tribunal de Milosevic enfrentan algunas dificultades para probar el crimen de genocidio porque no ha sido descubierto ningún documento en el que el acusado ordene directamente tal crimen, ni siquiera crímenes menores. El mismo problema fue enfrentado por los eruditos del holocausto, quienes, por su puesto, no han dudado de la responsabilidad de Hitler, pero carecen de documentación directa y concluyente. Supongamos, sin embargo, que alguien desenterrara un documento en el cual Milosevic ordena a la Fuerza Aérea Serbia reducir a cenizas a Bosnia o Kosovo, con las siguientes palabras: "Cualquier cosa que vuele, sobre cualquier cosa que se mueva". Los acusadores estarían rebosantes de alegría, el proceso terminaría y Milosevic sería condenado a sucesivas cadenas perpetuas por el crimen de genocidio -la pena de muerte, si se siguiera la convención norteamericana. Uno podría, en realidad, encontrar difícil de creer que se pueda encontrar una orden tan explícita para llevar a cabo un genocidio -ya que el término está siendo actualmente empleado con relación a los crímenes del enemigo- en cualquier lugar del récord histórico. En este caso, luego de una casual mención en la portada del diario líder en el mundo, no hubo ningún interés, aunque las horribles consecuencias son

bastante conocidas. Y con justa razón, si adoptamos, tácitamente, el primordial principio de que no podemos -por definición- llevar a cabo crímenes o tener alguna responsabilidad por ellos.

Un truismo moral que no debería ser controversial es el principio de universalidad: debemos aplicar a nosotros mismos los mismos estándares que aplicamos a los demás -de hecho, más estrictos. Esto no debe ser controversial para todos, pero es particularmente así para los ciudadanos más importantes del mundo, los líderes de los "Estados iluminados", quienes se declaran devotos cristianos, devotos del Evangelio, por lo tanto seguramente familiarizados con su famosa condena del hipócrita. Su devoción por los mandamientos del Señor no es cuestionable. George Bush, según se informa, proclama que "Dios me dijo que atacara a Al Qaeda y los atacé, y luego Él me ordenó que atacará a Saddam, y eso fue lo que hice" y "ahora estoy determinado a resolver el problema del Medio Oriente"⁽⁸⁾, también al mando del Señor de las hostias, el Dios de la Guerra, a quienes estamos obligados a adorar sobre los demás dioses, según lo ordena el Libro Sagrado. Y como mencioné, la prensa élite diligentemente se refiere a su "misión mesiánica" para resolver el problema del Medio Oriente, en realidad, del mundo, siguiendo nuestra "responsabilidad para con la historia para deshacernos del mal del mundo", en las palabras del presidente, el principio esencial de la "visión" que Bush comparte con Osama Bin Laden, ambos plagiando antiguas epopeyas y cuentos de hadas para niños.

No estoy lo suficientemente familiarizado con los dichos de Tony Blair como para saber qué tanto se acerca a este ideal -que es bastante familiar en la historia angloamericana. Los primeros colonos ingleses en Norteamérica seguían la palabra del Señor mientras masacraban a los Amalequites en

- (7) Sobre estas, y otras operaciones, basada en investigaciones no publicadas por parte del jefe de departamento de *Newsweek* en Saigon, Kevin Buckley, véase: CHOMSKY, Noam y Edward HERMAN. *The Political Economy of Human Rights*. Volumen 1. South End, 1979.
- (8) REGULAR, Arnon. *Ha'aretz*. Mayo 24, 2003; basado en minutas de un encuentro entre Bush y el Primer Ministro Palestino elegido a dedo, Mahmoud Abbas, proveídas por Abbas. Véase asimismo: *Bush and God*. En: *Newsweek*. Marzo 10, 2004; con una historia de primera plana respecto a las creencias y relación directa entre Dios y el hombre con el dedo sobre el botón. También: *The Jesus Factory*. Documental *Frontline* de la PBS sobre los "ideales religiosos" que Bush llevó a la Casa Blanca, "relevantes para la mesiánica misión de Bush para imponer la democracia al resto del mundo"; ALLIS, Sam. *A timely look at how faith informs Bush presidency*. En: *Boston Globe*. Abril 29, 2004. Ayudantes de la Casa Blanca reportan preocupación respecto al comportamiento "cada vez más errático" de Bush cuando "declara que sus decisiones son la voluntad de Dios"; THOMPSON, Doug (editor). *Capitol Hill Blue*. Junio 4, 2004.

el “Nuevo Israel” que ellos estaban liberando de la plaga nativa. Aquellos que los siguieron, también cristianos portadores de la Biblia y temerosos de Dios, cumplieron con su deber religioso conquistando y poseyendo la tierra prometida, librándose de los millones de ciudadanos de Caná y procediendo a la guerra contra los papistas en Florida, México y California. Desde el principio hasta el fin se iban defendiendo de los “despiadados indios salvajes” -liberados contra ellos por George III, como proclama la Declaración de la Independencia- en otros tiempos de los “negros fugitivos” y los “indios sin leyes” que estaban atacando a los inocentes americanos, según John Quincy Adams, en uno de los más célebres ensayos sobre el Estado en la historia americana, escritos para justificar la conquista de Florida por Andrew Jackson en 1818 y el inicio de las sangrientas guerras seminales. El evento fue de alguna relevancia por otras razones: fue la primera guerra declarada por el Ejecutivo con lo cual se violaba el requisito constitucional de que solo el Congreso podía declarar la guerra, norma actualmente tan violada que apenas es tomada en cuenta -normas vienen siendo determinadas actualmente de manera convencional.

En sus años posteriores, mucho después de que sus propias horribles contribuciones pasaron, Adams lamentó el destino de “esa desafortunada raza de nativos americanos que fueron exterminados con tan despiadada y facinerosa crueldad”. Esto está “entre los aborrecidos pecados de esta nación, que creyó que Dios iba juzgar”, creía Adams. El Primer Secretario de Guerra de los Estados Unidos había advertido muchos años antes que “un futuro historiador podría definir las causas de la destrucción de la raza humana en colores negros”. Pero ellos estaban equivocados. Dios y los historiadores son lentos en cumplir con esta tarea. A diferencia de Bush y Blair, yo no puedo hablar por Dios, pero los historiadores nos hablan las lenguas de los mortales. En un típico ejemplo, dos meses atrás uno de los más distinguidos

historiadores americanos se refirió a “la eliminación de cientos de miles de nativos” en conquista del territorio nacional -lejos por un factor de diez, aparte de la interesante elección de palabras. La reacción fue nula; hubiese sido distinto, de alguna manera, si nosotros hubiésemos leído un comentario casual en el periódico alemán más importante, que cientos de miles de judíos fueron eliminados durante la Segunda Guerra Mundial. Tampoco hay reacción alguna cuando un altamente respetado historiador diplomático explica en un trabajo común que luego de su liberación de las reglas de los ingleses, los colonos “se concentraron en la tarea de derrumbar árboles e indios y de demarcar sus fronteras naturales”⁽⁹⁾. Es muy fácil de multiplicar ejemplos entre los académicos, los medios, los textos escolares, el cine, y en alguna otra parte. Los equipos deportivos usan a víctimas de genocidios como mascotas, usualmente como caricaturas. A las armas de destrucción se les da, casualmente, los mismos nombres: Apache, Halcón Negro, helicópteros Comanche, misiles Tomahawk; y así sucesivamente. ¿Cómo reaccionaríamos si los Luftwaffe nombraran sus armas letales “judío” o “gitano”?

El registro británico es bastante parecido. Gran Bretaña alcanzó su divina misión con la evangelización de África, mientras ejercían en India “un fideicomiso misteriosamente colocado en sus manos por la Providencia”, fácil de comprender en un país donde Dios y la búsqueda de riqueza⁽ⁱⁱⁱ⁾ parecen haber sido hechos el uno para el otro⁽¹⁰⁾. Figuras de la alta integridad e inteligencia moral dieron una versión secular del credo, sorprendentemente John Stuart Mill en su extraordinaria apología sobre los crímenes británicos, escritos justo cuando estos llegaron a su cumbre en India y China, en un ensayo ahora considerado un clásico de la literatura de la “intervención humanitaria”. Es justo notar que hubo diferentes voces. Richard Cobden denunció los crímenes británicos en India y expresó su esperanza por que “la conciencia nacional, que ha detenido a Inglaterra anteriormente, por su oportuna

(9) WOOD, Gordon. *Freedom Just Around the Corner: Rogue Nation*. En: *New York Book Review*. Marzo 28, 2004; BAILEY, Thomas. *A Diplomatic History of the American People*. Appleton-Centure-Crofts, 1969.

(iii) Se emplea originalmente la palabra “Mammon”, que tiene una connotación de riqueza como fuente de maldad.

(10) Historiadores Thomas Pakenham y David Edwards, citado por: LANGLEY, Clifford. *The Religious Roots of American Imperialism*. En: *Global Dialogue*. Invierno-Primavera, 2003.

El criterio distintivo es nuevamente,
claro como el cristal. Los crímenes
de nuestros enemigos ocurren; los
nuestros no, por virtud de la
excepción del más elemental
truismo moral.

purgación y reparación, el castigo por los crímenes imperiales, será evocada desde su letargo antes de que sea muy tarde, y pondrá un fin a las obras de violencia e injusticia que han marcado cada paso de nuestro progreso en la India” -haciendo eco de lo que dijera Adam Smith, quien condenó amargamente “la salvaje injusticia de los Europeos”, particularmente la británica en la India. Cobden se esperanzó en vano. Es difícil reconocer -a manera de alivio- que sus contrapartes continentales eran aún peores, en obra, en negación y autoadulación.

Mientras citamos a Cobden, podemos recordar otra de sus máximas, bastante pertinentes hoy en día, y también calificadas como un truismo moral: “ningún hombre tuvo el derecho de prestar dinero si sabía que iba a ser usado para cortar cuellos⁽¹¹⁾, o *a fortiori*, para vender cuchillos. No se requiere de un extenso proyecto de investigación para delinear las apropiadas conclusiones con respecto a la práctica regular de los líderes de los “Estados iluminados”.

La respuesta común de la cultura intelectual, haciendo a un lado algunas memorables excepciones, es enteramente natural si abandonamos el más elemental de los truisms morales, y nos declaramos únicamente exentos del principio de universalidad. Y eso hacemos, constantemente. Cada día nos trae una nueva ejemplificación. El Senado de los Estados Unidos acaba de prestar su consentimiento al nombramiento de John Negroponte como embajador en Irak, encabezando la misión diplomática más grande del mundo, con la tarea de devolverle su soberanía a los iraquíes para

completar la “visión mesiánica” de Bush de llevar democracia al Medio Oriente y al mundo, así somos solemnemente informados. El nombramiento deviene directamente en el principio de universalidad, pero antes de llegar a eso, tal vez debamos hacer algunos cuestionamientos sobre otros truisms, que tienen que ver con la evidencia y las conclusiones.

Que el objetivo de la invasión a Irak es cumplir la visión mesiánica del presidente está ya presupuesto en los reportes noticiosos y comentarios, inclusive entre los críticos, que advierten que esta “noble” y “generosa” visión está más allá de nuestro alcance. Tal como el *Economist* de Londres postuló la semana pasada, “la misión americana de volver a Irak es un ejemplo inspirador (de democracia) a sus vecinos” está presentando obstáculos⁽¹²⁾. Aun a través de una investigación considerable no he podido encontrar excepciones en los medios informativos estadounidenses, y con menos investigación, en otras partes, además de los márgenes usuales.

Uno podría indagar respecto a la base de esa aparente aceptación universal de esta doctrina en el comentario académico de occidente. Examinándolo uno podrá darse cuenta, rápidamente, que esto está basado en dos principios. Primero, nuestros líderes lo han proclamado, por ende, debe ser cierto, un principio familiar en Corea del Norte y otros modelos estelares. Segundo, debemos suprimir el hecho de que al proclamar esta doctrina luego que otros pretextos fallaron, nuestros líderes están declarando que son los mentirosos más expertos en la historia, desde que al llevar a sus países a la guerra proclamaron, con considerable pasión, que la “única pregunta” era si Saddam había llevado a cabo un desarme. Pero ahora debemos creerles. También es obligatorio el despache hacia el profundo hoyo del amplio *record* de los profesos nobles esfuerzos de traer la democracia, la justicia y la libertad a los ignorantes.

Son, nuevamente, los meros truisms que los pronunciamientos de los bien intencionados líderes, los que no contienen información alguna, inclusive en un sentido técnico: son completamente

(11) Citado por: ASSO, Pier Francesco. *The “Home Bias” Approach in the History of Economic Thought*. En: LORENTZEN, J. y M. DE CECCO (compiladores). *Markets and Authorities*. Elgar: UK, 2002.

(12) *Another intifada in the making, Bloodier and sadder*. En: *Economist*. Abril 17, 2004.

predecibles, inclusive los más monstruosos. Pero estos truismos se disipan cuando son confrontados con la necesidad imperativa de rechazar el principio de la universalidad.

La doctrina presupuesta por el comentario occidental es aceptada por algunos iraquíes también: un uno por ciento estuvo de acuerdo con que la finalidad de la invasión de Irak era traer la democracia a dicho país, de acuerdo a encuestas llevadas a cabo por los Estados Unidos en Bagdad en octubre -antes de las atrocidades de abril y la revelación de torturas. Otro cinco por ciento consideró que la finalidad era ayudar a los iraquíes. El resto daba por sentado que la finalidad era conseguir el control de los recursos de Irak y usarlo como base para reorganizar el Medio Oriente conforme a los intereses estadounidenses⁽¹³⁾ -un pensamiento virtualmente inexpresable en el iluminado comentario occidental, o desdeñado con horror por ser un “antiamericanismo”, “teoría conspirativa”, “radical y extremista” u otro equivalente intelectual de palabras de cuatro letras empleadas por el vulgo. En breve, los iraquíes dan por sentado que lo que está sucediendo es un escenario similar a aquellos días en que los británicos crearon el Irak moderno, acompañado por las predecibles y nada informativas manifestaciones de buena voluntad, pero también de los documentos internos en los cuales Lord Curzon y la Oficina de Asuntos Foráneos desarrollaron los planes para establecer una “fachada árabe” en los que Inglaterra dominaría detrás de varias “ficciones constitucionales”. La visión contemporánea la provee un oficial británico *senior* que fue citado en el *Daily Telegraph*: “El gobierno iraquí será completamente soberano, pero en la práctica no ejercerá todas sus funciones soberanas”⁽¹⁴⁾.

Volvamos sobre Negroponte y el principio de universalidad. Mientras llegaba su designación al Congreso, el *Wall Street Journal* lo alababa, llamándolo un “procónsul moderno”, quien aprendió su oficio en Honduras durante la fase *reaganista* de los actuales inquilinos en Washington. La veterana corresponsal de *Journal*, Carla Anne

Robbins, nos recuerda que en Honduras él era conocido como “el procónsul” en vista de que presidía la segunda embajada más larga de Latino América, con la estación de la CIA más larga en el mundo -quizá para transferir soberanía a esa pieza central del poder mundial⁽¹⁵⁾.

Robbins hace notar que Negroponte ha sido acusado por activistas de los Derechos Humanos por “cubrir los abusos de las fuerzas armadas de Honduras” -un eufemismo para el terror estatal de gran escala- “para asegurar el flujo de ayuda americana” a este país vital, que era “la base para las acciones encubiertas de Washington contra Nicaragua”. La labor principal de Negroponte era la de supervisar las bases donde el ejército de terroristas mercenarios era equipado, entrenado y despachado a hacer su trabajo, incluyendo su misión de atacar objetivos civiles indefensos; así lo informó el comando militar de los Estados Unidos al congreso. La política de atacar tales “blancos débiles” mientras se evitaba confrontar al ejército nicaragüense fue confirmado por el Departamento de Estado y defendido por intelectuales estadounidenses líderes, notablemente el editor de *New Republic* Michael Kinsley, quien fue designado portavoz de la izquierda en un comentario televisado. Este castigo severamente al *Human Rights Watch* por su sentimentalismo al momento de condenar el terrorismo internacional de los Estados Unidos y por no comprender que esto debe evaluarse desde un criterio “pragmático”. Una “política sensible”, urgió, debería “verse con un análisis de costo-beneficio”, un análisis del “monto de sangre y miseria que se va a verter, y la probabilidad que la democracia emerja al otro lado” -“democracia” como lo determinan las élites estadounidenses, su derecho incuestionable. Por supuesto, el principio de universalidad no se aplica; otros no están autorizados a llevar a cabo operaciones terroristas internacionales de gran envergadura si es que es probable que consigan sus metas.

En este caso el experimento fue un éxito, y digno de elogio. Nicaragua fue reducido al segundo país más pobre en el hemisferio, con 60% de los

(13) PINUCS, Walter. *Skepticism About U.S. Deep, Iraq Poll Shows, Motive for Invasión Is Focus of Doubts*. En: *Washington Post*. Noviembre 12, 2003; BURKHOLDER, Richard. *Gallup Poll of Baghdad: Gauging U.S. Intent*. En: *Government & Public Affairs*. Octubre 28, 2003.

(14) LA GUARDIA, Antón (editor). *Handover still on course as UN waits for new leader to emerge*. En: *Daily Telegraph*. Mayo 18, 2004.

(15) ROBBINS, Carla Anne. *Negroponte Has Tricky Mission: Modern Proconsul*. En: *Wall Street Journal*. Abril 27, 2004.

niños debajo de dos años afligidos con anemia debido a desnutrición y daño cerebral permanente⁽¹⁶⁾, después de que el país sufriera bajas durante la guerra terrorista que en términos *per capita* sería comparable a 2'500,000 muertes en los Estados Unidos -un monto de muertes "significativamente mayor que el número de muertos en la guerra civil estadounidense y todas las guerras del siglo veinte combinadas", en las palabras de Thomas Carothers, el historiador líder sobre la democratización de América Latina, quien escribe desde la perspectiva de quien tiene información privilegiada, así como desde una perspectiva académica, en cuanto sirvió en el Departamento de Estado de Reagan en los programas "mejorando la democracia". Describiéndose a sí mismo como un *neoreaganista* ve estos programas como "honestos", pero como una "falla", en cuanto los Estados Unidos solo toleraría "democracias de arriba hacia abajo" controlado por élites tradicionales con firmes vínculos con los Estados Unidos. Esto es un refrán constante en la historia de la búsqueda de visiones de democracias, que los iraquíes aparentemente comprenden, inclusive si nosotros optamos por no hacerlo. Vale la pena hacer un énfasis en la palabra "elegir", en vista de que no falta evidencia para esto.

La labor principal de Negroponte como procónsul en Honduras era supervisar las atrocidades terroristas internacionales por las que los Estados Unidos fue condenado por la Corte Internacional de Justicia que fue más allá del estrecho caso nicaragüense, formado por su equipo legal de Harvard para evitar un debate factual, en vista que los hechos fueron concluyentes. La Corte ordenó a Washington a que cese sus crímenes y que pague sustanciales compensaciones -todo esto ignorado sobre las bases oficiales de que las demás naciones no están de acuerdo con nosotros, por lo que debemos "reservarnos el poder para determinar" cómo vamos a actuar y qué materias van a estar "esencialmente dentro de la jurisdicción doméstica de los Estados Unidos, determinado así por los Estados Unidos", en cuyo caso las acciones que las cortes condenaron como violación al "principio de prohibición del uso ilegal de la fuerza" contra Nicaragua; en términos ordinarios, terrorismo internacional. Todo consignado al cenicero de la historia de las clases educadas de

la manera usual de verdades no queridas, acompañado de las dos resoluciones del Consejo de Seguridad vetadas por los Estados Unidos, mientras que el Reino Unido se abstuvo fielmente. La campaña terrorista internacional recibió una mención durante las audiencias de confirmación de Negroponte, lo cual no es considerado de particular importancia, gracias a la excepción de nuestro glorioso principio de universalidad.

En el muro de mi oficina en el MIT tengo una pintura que me regaló un sacerdote jesuita, que muestra al Ángel de la Muerte sobre la figura del Arzobispo salvadoreño Romero, cuyo asesinato en 1980 abrió una década sombría de atrocidades terroristas internacionales estatales, y frente a él los seis académicos latinoamericanos líderes, sacerdotes jesuitas, que fueron asesinados en 1989, llevando esa década a su final. Los intelectuales jesuitas, así como su empleada y su hija fueron asesinados por un batallón élite armado y entrenado por los actuales inquilinos de Washington y sus mentores. Ya se había compilado un record sangriento de masacres en la campaña terrorista internacional manejada por los Estados Unidos que el sucesor de Romero describió como una "guerra de exterminación y genocidio contra una población civil indefensa". Romero fue dado muerte por las mismas manos, días después de que solicitara al Presidente Carter a que no proveyera con apoyo militar a la junta, que "seguramente incrementaría la injusticia aquí y afilaría la represión que ha sido desplegada contra las organizaciones que luchan para defender los derechos humanos más fundamentales". La represión continuó con ayuda de los Estados Unidos después de su asesinato, y los actuales responsables lo llevaron a cabo como una "guerra de exterminación y genocidio".

Mantengo la pintura ahí para recordarme a diario del mundo real, pero resulta que ha tenido otro fin igualmente instructivo. Muchos visitantes pasan por mi oficina. Aquellos que son de Latinoamérica casi siempre lo reconocen. Los que son del norte de Río Grande casi nunca lo hacen. De Europa, quizá el reconocimiento sea de un 10%. Podemos considerar otro experimento de pensamiento útil. Supongamos que en la Checoslovaquia de la década del ochenta, fuerzas de seguridad entrenadas y armadas por el Kremlin asesinaran

(16) Véase: UCA, Universidad Jesuita, Managua. Noviembre, 2003.

al arzobispo que era conocido como “la voz de los sin voz”, y luego procedieran a masacrar a miles de personas, consumando la década con el asesinato brutal de Vaclav Havel y media docena de intelectuales checos líderes. ¿Nos hubiésemos enterado de esto? Quizá no, porque la reacción de occidente hubiese sido tan lejana como una guerra nuclear, así que no habría nadie quien sepa. El criterio distintivo es nuevamente, claro como el cristal. Los crímenes de nuestros enemigos ocurren; los nuestros no, por virtud de la excepción del más elemental truísmo moral.

Los jesuitas fueron, en verdad, doblemente asesinados: dados muerte brutalmente, y desconocidos en los “Estados iluminados”, una suerte particularmente cruel para un intelectual. En el occidente solo especialistas o activistas conocen sus nombres, si es que tienen idea de lo que escribieron. Su destino es quizá distinto de aquellos intelectuales disidentes en los dominios del enemigo oficial, quienes son bien conocidos, ampliamente publicitados y leídos, y altamente honrados por su corajuda resistencia frente a la represión -que en verdad fue dura, pero no se compara con la que sufrieron sus contrapartes bajo el yugo occidental en esos años. Nuevamente el trato diferenciado guarda buen sentido, dado el principio de exención del truísmo moral.

Avancemos, entonces, hacia algunos problemas difíciles. Quizá ninguno sea tan prominente como el “el látigo del mal del terrorismo”, particularmente el terrorismo internacional apoyado por un Estado, una “plaga expandida por depravados que se oponen a la civilización misma” en un “regreso al barbarismo en la era moderna”. Así fue descrita la plaga cuando la “guerra contra el terror” fue declarada -no en septiembre de 2001 cuando fue “redeclarada”, pero veinte años antes, por las mismas personas y sus mentores. Su “guerra contra el terror” se volvió instantáneamente en una cruenta guerra terrorista, con consecuencias horrosas en América Central, el Medio Oriente, el sur del África y otros lugares, pero es solo historia, no la historia hecha por los historiadores de los “Estados iluminados”. En la historia más útil y aceptada, la década del ochenta es descrita por los académicos como la década del “terrorismo estatal”, de “intervención persistente del Estado o ‘patrocinio’ del terrorismo,

especialmente en Libia e Irán”. Los Estados Unidos meramente respondieron con “una postura ‘proactiva’ hacia el terrorismo”⁽¹⁷⁾, y lo mismo era cierto de sus aliados: Israel, Sudáfrica, la red clandestina del terror compuesto por los *reaganistas*, juntos con otros. Voy a dejar de lado a los islamistas radicales organizados y entrenados por la causa -no para defender Afganistán, lo cual hubiese sido un objetivo legítimo-, pero para ensangrentar al enemigo oficial, probablemente prolongando la guerra afgana y dejando al país en ruinas, para luego volverse mucho peor mientras los clientes de occidente tomaron control, con las consecuencias subsecuentes que no vemos necesidad de mencionar. Desaparecieron de la historia aceptable millones de víctimas de la verdadera “guerra contra el terror”, que “domestica las aspiraciones de la mayoría”, por citar a los sobrevivientes de la comunidad intelectual jesuita de El Salvador, en una conferencia evaluando la historia actual, pero inaceptable.

El terrorismo presenta un número de problemas difíciles. En primer lugar, por supuesto, el fenómeno en sí, que es en verdad amenazante, inclusive la subparte que pasa por los filtros doctrinales: “su terrorismo” contra “nosotros”. Es solo cuestión de tiempo para que el terror y las armas de destrucción masiva se unan, quizá con consecuencias horrosas, tal como ha sido discutido en la literatura especializada en el tema mucho antes de las atrocidades del 11 de setiembre. Pero fuera de este fenómeno, está el problema de la definición del “terror”. Eso ya se ha visto como un problema difícil, tema de literatura académica y de conferencias internacionales. A primera vista, puede parecer extraño que sea visto como un problema difícil. Hay lo que parecen ser definiciones satisfactorias -no perfectas, pero al menos tan buenas como otras vistas como no problemáticas: por ejemplo, las definiciones en los códigos de Estados Unidos y los manuales de las fuerzas armadas a comienzo de los ochenta cuando la “guerra contra el terror” se lanzó, o la bastante similar formulación oficial del gobierno británico, que define al “terrorismo” como “el uso, o la amenaza de acciones que son violentas, dañosas o disruptivas y que tienen como intención influenciar al gobierno o intimidar al público y tiene el propósito el avanzar una causa política, religiosa

(17) CRENSHAW, Martha. *Current History, America at War*. Diciembre, 2001.

o ideológica”. Estas son las definiciones que he estado empleando al momento de escribir sobre el terrorismo en los últimos veinte años, desde que la administración Reagan declaró que la guerra contra el terror sería el enfoque principal de su política exterior, reemplazado a los Derechos Humanos, la proclamada “alma de nuestra política exterior” previa⁽¹⁸⁾.

Visto de cerca, sin embargo, el problema se vuelve claro, y es uno difícil. Las definiciones oficiales son inusuales debido a su consecuencia inmediata. Una dificultad es que la definición de terrorismo es virtualmente la misma que la definición de la política oficial de los Estados Unidos, y otros Estados, llamado “contra terrorismo” o “guerra de baja intensidad” o cualquier otro eufemismo. Los imperialistas japoneses en Manchuria y el norte de China, por ejemplo, no eran agresores o terroristas, pero estaban protegiendo a la población y a los legítimos gobiernos del terrorismo de los “bandidos chinos”. Para llevar a cabo esta noble tarea estuvieron compelidos, en contra de su voluntad, a recurrir al “contra terror”, con la meta de establecer un “paraíso terrenal” en el cual la gente de Asia podría vivir en paz y armonía bajo la iluminada guía de Japón. Lo mismo es cierto en casi todos los casos que he investigado. Pero ahora nos enfrentamos a un difícil problema: no basta decir que los “Estados iluminados” están comprometidos oficialmente con el terrorismo. Y toma un poco de esfuerzo el demostrar que los Estados Unidos está envuelto en terrorismo internacional a gran escala de acuerdo a su propia definición del término, de manera indubitable en algunos casos.

Hay problemas relacionados. Algunos surgieron cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas, en respuesta a las presiones de Reagan, emitió una fuerte condena contra el terrorismo en diciembre de 1987, con un llamado a todos los Estados a eliminar esta plaga de la era moderna. Esta resolución pasó con 153 votos a favor y 2 en contra, Honduras siendo el único país que se abstuvo de votar. Los dos Estados que se opusieron a la resolución explicaron sus razones en el debate en las Naciones Unidas. Objetaban

un pasaje que reconocía “el derecho a la autodeterminación, la libertad y la independencia, como se deriva de la Carta de las Naciones Unidas, de la gente forzada a ese derecho, particularmente gente bajo regímenes coloniales y racistas y bajo ocupación foránea”. El término “regímenes coloniales y racistas” se entendió que hacía referencia a Sudáfrica, un aliado de los Estados Unidos resistiendo los ataques del ANC de Nelson Mandela, uno de los “grupos terroristas más conocidos” a nivel mundial, como Washington lo determinó en ese mismo momento. Y “ocupación foránea” fue entendido como referencia a Israel, cliente de Washington. Así que, para sorpresa de nadie, Estados Unidos e Israel votaron en contra de la resolución, teniendo un veto efectivo -en verdad sujeto al doble veto: inaplicable, y vetado de reportar y la historia también, a pesar de ser la resolución más importante y más fuerte de las Naciones Unidas sobre el terrorismo.

Hay así, entonces, un difícil problema para definir “terrorismo” así como para definir un “crimen de guerra”. ¿Cómo definirlo de manera tal que se pueda violar el principio de universalidad, exceptuándonos nosotros, pero aplicándolo a determinados enemigos? Y estos deben ser elegidos con cierta precisión. Los Estados Unidos tiene una lista oficial de Estados que patrocinan el terrorismo desde la época de Reagan. En todo este tiempo, solo un Estado ha sido removido de esa lista: Irak, para permitir que los Estados Unidos se una al Reino Unido y otros para proveer de ayuda a Saddam Hussein, la cual siguió sin mayores preocupaciones después de que llevara a cabo sus más horribles crímenes. Ha habido, asimismo, un casi ejemplo. Clinton ofreció remover a Siria de la lista si es que esta estaba de acuerdo con la paz en los términos ofrecidos por los Estados Unidos e Israel. Cuando Siria insistió en recuperar los territorios que Israel conquistó en 1967, se mantuvo en la lista de Estados que patrocinan al terrorismo y continúa en esa lista a pesar del reconocimiento por parte de Washington de que Siria no ha estado involucrado en patrocinar terror por muchos años ya y ha sido bastante cooperativo en proveer información importante de inteligencia a los

(18) Véase: CHOMSKY, Noam. *Pirates and Emperors*. 1996; versión actualizada South-End Pluto, 2002. Para una crítica de la primera faceta de la “guerra contra el terror”, véase: GEORGE, Alexander (compilador). *Western State Terrorism*. Polity, Blackwell, 1991.

Estados Unidos en lo referente a Al Qaeda y otros grupos islamistas radicales. Como un premio a la cooperación de Siria en esta “guerra contra el terror”, el diciembre pasado el Congreso aprobó una legislación que exigía una mayor sanción contra Siria, de manera casi unánime (Acta de Responsabilidad Siria^(iv)). La legislación ha sido reciente implementada por el Presidente, privando a los Estados Unidos de una valiosa fuente de información acerca del terrorismo radical islámico para poder conseguir el objetivo mayor de establecer en Siria un régimen que acepte las exigencias de los Estados Unidos e Israel -lo cual no es un patrón inusual, sin embargo los analistas continúan sorprendiéndose a pesar de lo fuerte de la evidencia y el patrón regular, y sin tomar en cuenta cuán racionales son las decisiones en términos de claridad y razonables prioridades de planeamiento.

El Acta de Responsabilidad de Siria ofrece otra poderosa ilustración del rechazo del principio de responsabilidad. La base de su demanda se refiere a la resolución 520 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que llama al respeto de la soberanía y la integridad territorial del Líbano, violado por Siria en cuanto aun mantiene fuerzas en el Líbano que fueron bienvenidas ahí por los Estados Unidos e Israel en 1976 cuando su misión era llevar a cabo masacres de palestinos. La legislación congresal y los reportes noticieros, así como los comentarios ignoran el hecho que la resolución 520, emitida en 1982, fue explícitamente dirigida contra Israel y no Siria, y también el hecho de que Israel violó esta resoluciones y muchas más respecto al Líbano en los últimos veintidós años, y sin embargo, no han habido llamadas para sancionar a Israel, o siquiera una llamada para que estos reduzcan la inmensa e incondicional ayuda militar y económica que recibe Israel. Ese silencio de veintidós años incluye a muchos que hoy firman el Acta condenando a Siria por la violación de la resolución del Consejo de Seguridad que ordena a Israel a dejar el Líbano. El principio es precisamente formulado por un raro comentarista académico, Steven Zunes: esto es que la “soberanía libanesa debe ser protegida solo si es que el ejército invasor es de un país al cual los Estados Unidos se opone,

pero es prescindible si es que este país es aliado de los Estados Unidos”⁽¹⁹⁾. El principio, y las noticias y comentarios alrededor de estos eventos, nuevamente, tienen bastante sentido, debido a la imperativa necesidad de rechazar truisms morales elementales, una doctrina fundamental de la cultura intelectual y moral.

Volviendo al tema de Irak, cuando Saddam fue removido de la lista de Estados que apoyaban al terrorismo, Cuba fue añadida para reemplazarle, quizá en reconocimiento del drástico incremento en terrorismo internacional en contra de Cuba a fines de los setenta, incluyendo el bombardeo a un avión de pasajeros cubano, matando a 73 personas y otras atrocidades. Estos fueron mayormente planeados e implementados en los Estados Unidos, sin embargo para ese momento Washington ya se había desplazado de su política anterior de acción directa en traer “los terrores de la tierra” a Cuba -la meta de la administración Kennedy, así lo reporta el historiador y asesor de Kennedy Arthur Schlesinger en su biografía de Robert Kennedy, a quien se le responsabilizó por la campaña de terror y se le dio máxima prioridad. Al final de los setenta Washington ya estaba condenando oficialmente los actos terroristas mientras acogía y protegía células terroristas en territorio estadounidense, violando leyes estadounidenses. El terrorista líder Orlando Bosch, visto como el autor del bombardeo del avión de la línea aérea Cubana y docenas de otros ataques terroristas de acuerdo al FBI, fue beneficiado con un perdón presidencial por George Bush padre, a pesar de fuertes objeciones del Departamento de Justicia. Otros como él continúan operando con impunidad en territorio estadounidense, incluyendo terroristas responsables de importantes crímenes en otros lugares así como a quienes los Estados Unidos rechaza los pedidos de extradición (como Haití, por ejemplo).

Podemos recordar uno de los componentes principales de la “doctrina Bush” -ahora Bush hijo: “Aquellos que encubren a los terroristas son tan culpables como los terroristas mismos”, y deben ser tratados así consecuentemente, son las palabras del presidente cuando anunciaba el bombardeo a Afganistán debido a su negativa de

(iv) Figura en el texto original como “Syria Accountability Act”.

(19) ZUNES, Steven. *U.S. Policy Towards Suria and the Triumph of Neoconservatism*. En: *Middle East Policy*. Primavera, 2004.

entregar a los sospechosos de terroristas a los Estados Unidos, sin evidencia, o incluso pretexto creíble como lo fue, luego, silenciosamente concedido. El especialista en Relaciones Internacionales de Harvard, Graham Allison describe esto como el más importante componente de la doctrina Bush. Esto “unilateralmente revocó la soberanía de los Estados que proveen santuario a los terroristas”, escribió aprobante en *Foreign Affairs*, agregando que la doctrina “ya se ha vuelto una regla de facto de las relaciones internacionales”.

Los “literalistas sin reconstruir”^(v) pueden concluir que Bush y Allison están convocando al bombardeo de los Estados Unidos, pero eso es porque no comprenden que los más elementales truismos morales deben ser forzosamente rechazados: hay una exención crucial al principio de universalidad, tan profundamente atrincherada en la cultura reinante que ni siquiera es percibida, y por lo tanto, no es mencionada.

De nuevo, nos enfrentamos diariamente con ilustrativos ejemplos. El nombramiento Negroponte es un ejemplo. Por poner otro, hace unas semanas, el líder palestino Abu Abbas murió en una prisión estadounidense en Irak. Su captura fue uno de los logros más anunciados de la invasión. Unos años antes, el había estado viviendo en Gaza, participando en el “proceso de paz” en Oslo con aprobación estadounidense-israelí, pero después de que la segunda Intifada empezó, huyó a Bagdad, donde fue arrestado por el ejército estadounidense y aprisionado debido a su rol en el secuestro del barco crucero Achille Lauro en 1985. El año 1985 es considerado por la escolástica como el año en el que el terrorismo llegó a su pico en los años 80. El terrorismo del Medio Oriente era la principal historia del año, según la opinión de los editores. La escolástica identifica dos crímenes mayores en ese año: el secuestro del Achille Lauro, en el que una persona, un lisiado norteamericano, fue brutalmente asesinado; y el secuestro de un avión con una muerte, también un norteamericano. Hubo también, otros crímenes terroristas en la región en 1985, pero no pasan por los filtros. Uno fue un cochebomba afuera de una mezquita en Beirut, que mató a 80 personas e

hirió a otras 250, sincronizado para que explote en el momento en el que la gente estaba saliendo, matando más que todo a mujeres y niñas; pero esto es excluido de los registros porque el origen fue rastreado en su origen a la CIA y a la Inteligencia Británica. La otra fue la acción que llevó al secuestro del Achille Lauro como desquite, una semana después: el bombardeo de Túnez por Simón Peres, sin ningún pretexto creíble, que mató a 75 personas, palestinos y tunecinos, llevado a cabo por los Estados Unidos y elogiado por el Secretario de Estado Schultz, luego, unánimemente condenado por el Consejo de Seguridad de la ONU, como un “acto de agresión armada” (Estados Unidos absteniéndose). Pero eso tampoco entra en los anales del terrorismo (o quizás a los del aún más severo crimen de “agresión armada”), de nuevo, debido a la Agencia. Peres y Schultz no mueren en prisión, sino que reciben premios Nóbel, enormes regalos de los contribuyentes para la reconstrucción de aquello que ayudaron a destruir en el ocupado Irak, y otros honores. Nuevamente, todo tiene sentido una vez que comprendemos que los más elementales truismos morales deben ser lanzados a las llamas.

A veces la negación de los truismos morales es explícita. Un caso de esto es la reacción al segundo mayor componente de la doctrina Bush, formalmente enunciada en la Estrategia de Seguridad Nacional^(vi) de septiembre del 2002, que fue de una vez descrita en el diario del *establishment*, *Foreign Affairs*, como una “nueva gran estrategia imperial”, declarando los derechos de Washington de recurrir a la fuerza para eliminar a cualquier reto potencial contra su dominación global. Dicha estrategia de seguridad fue duramente criticada por la élite política extranjera, incluido el artículo recién citado, pero basado en consideraciones más bien ligeras: no de que estuviera mal, o que fuera nueva, sino que el estilo y las implementaciones eran tan extremas que significaban una amenaza para los intereses estadounidenses. Henry Kissinger describió al nuevo enfoque como “revolucionario”, puntualizando en que este socava el sistema *westphalico* de orden internacional del siglo XVII, y desde luego al *charter* de la ONU y el Derecho Internacional. Dio su

(v) Figura originalmente en el texto como “unreconstructed literalists”.

(vi) Figura en el texto original como National Security Strategy (NSS).

aprobación de la doctrina, pero con reservas acerca del estilo y las tácticas, y con una calificación crucial: que no puede ser “un principio universal disponible para todas las naciones”. Por el contrario, el derecho de agresión debe ser reservado para los Estados Unidos, quizás delegado a clientes escogidos. Debemos, entonces, rechazar forzosamente el más elemental truísmo moral: el principio de universalidad. Kissinger ha de ser alabado por su honestidad en articular directamente la doctrina prevaleciente, usualmente ocultada en profesiones de intención virtuosa y legalismo excesivo.

Para añadir un último ejemplo que es muy actual y significativo, considere la “teoría de la guerra justa”, que está, ahora, pasando por una vigorosa resurrección en el contexto de la “revolución normativa” proclamada en los años 90. Ha habido debate acerca de que si la invasión de Irak satisface las condiciones de la guerra justa, pero virtualmente ninguno acerca del bombardeo de Serbia en 1999 o la invasión de Afganistán, tomados como casos tan claros que la discusión resulta superflua. Demos una rápida mirada a estos casos, sin preguntarnos si los ataques fueron correctos o equívocos, sino considerando la naturaleza de los argumentos.

La crítica más dura del bombardeo de Serbia, cerca, por algún lado, al asunto principal, es que fue “ilegal pero legítimo” de acuerdo a la conclusión de la Comisión Internacional Independiente encabezada por el juez Richard Goldstone. “Fue ilegal porque no recibió aprobación del Consejo de Seguridad de la ONU” la Comisión determinó, “pero fue legítima porque todas las aproximaciones diplomáticas habían sido agotadas y no había otra manera de detener las matanzas y las atrocidades en Kosovo”⁽²⁰⁾. El juez Goldstone observó que el *charter* puede necesitar revisión a la luz del reporte y los juicios en los que está basado. La intervención de la OTAN, explica, “es un precedente demasiado importante” como para ser tenido como “una aberración”. En lugar de eso “la soberanía del Estado está siendo redefinida ante la globalización y la resolución por la mayoría de las personas del mundo de que los Derechos Humanos se han

convertido en el asunto de la comunidad internacional”. También hizo hincapié en la necesidad de un “análisis objetivo de los abusos de los Derechos Humanos”⁽²¹⁾.

El último comentario es un buen consejo. Una pregunta a la que el análisis objetivo se puede dirigir es si es que la mayoría de las personas del mundo acepta el juicio de los “Estados iluminados”. En el caso del bombardeo de Serbia, la revisión de la prensa mundial y las declaraciones oficiales revelan poco apoyo de esta conclusión, por ponerlo ligeramente. De hecho, el bombardeo fue amargamente condenado fuera de los países de la OTAN, hecho consistentemente ignorado⁽²²⁾. Más aun, es poco probable que la principada autoexención por parte de los “Estados iluminados”, de la “universalización” que data desde Nuremberg podría ganar la aprobación de mucha de la población mundial. La nueva norma, según parece, encaja en el patrón estándar.



(20) The Independent International Commission on Kosovo. The Kosovo Report. 23 de Octubre, 2003. En: http://www.palmecenter.se/printuk.asp?Article_Id=873. Oxford University Press, 2000.

(21) GOLDSTONE. *Op. cit.*

(22) Para ver una reseña de esto revisar *New Military Humanism*.

Otra pregunta a la que el análisis objetivo podría dirigirse es si en realidad “todas las aproximaciones diplomáticas habían sido agotadas”. Esa conclusión no es fácil de mantener a la luz del hecho de que hubo dos opciones en la mesa cuando la OTAN decidió hacer el bombardeo -una proposición de la OTAN y una proposición serbia- y luego de 78 días de bombardeo, se alcanzó un compromiso entre ambas⁽²³⁾.

Una tercera pregunta es si es verdad que “no había otra manera de detener las matanzas y las atrocidades en Kosovo”, claramente un asunto crucial. En este caso, el análisis objetivo resulta ser inusualmente fácil. Hay vasta documentación disponible de impecables fuentes occidentales: varias compilaciones del Departamento de Estado publicadas en justificación de la guerra, registros detallados de la OSCE, la OTAN, la ONU, una indagación parlamentaria británica y otras fuentes similares.

Hay varias características notables de la inusualmente rica documentación. Una es que el registro es casi enteramente ignorado en la vasta literatura sobre la guerra de Kosovo, incluyendo la literatura escolástica⁽²⁴⁾. La segunda es que los contenidos substantivos de la documentación no solo son ignorados, sino que también, consistentemente negados. He reseñado el registro en otra parte y no lo haré acá, pero lo que descubrimos, característicamente, es que la clara y explícita cronología está revertida. Las atrocidades serbias son retratadas como la causa del bombardeo, mientras que no son materia de controversia aquellas ellas siguieron al bombardeo, virtualmente sin excepción, y fueron, además, sus anticipadas consecuencias, como está bien documentado por las más altas fuentes de la OTAN.

El gobierno británico, el elemento más *hawkish* de la alianza, estimó que la mayoría de las atrocidades fueron atribuibles no a las fuerzas de seguridad serbias, sino a las guerrillas de la KLA, que estaban atacando Serbia desde Albania -con la intención, como francamente explicaron, de sonsacar una desproporcionada respuesta serbia que podía ser utilizada para movilizar apoyo

occidental para el bombardeo. La evaluación del gobierno británico fue por mediados de enero, pero el registro documental no indica un cambio sustancial hasta finales de marzo, cuando el bombardeo fue anunciado e iniciado. La acusación de Milosevic, basada en inteligencia estadounidense y británica, revela el mismo patrón de eventos.

Los Estados Unidos, el Reino Unido y comentaristas en general citan a la masacre de Racak a mediados de enero como el hito decisivo, pero eso sencillamente no puede ser tomado en serio. Primero, incluso asumiendo las más extremas condenas de la masacre de Racak, para ser precisos, eso escasamente cambió el balance de las atrocidades. Segundo, masacres mucho peores tenían lugar al mismo tiempo en otros lugares, pero no causaban ningún interés, a pesar de que algunas de las peores podían ser fácilmente exterminadas con solo retirar el apoyo. Un caso notable a principios de 1999 es Timor del Este, bajo ocupación militar de Indonesia. Los Estados Unidos y el Reino Unido continuaron proveyendo un apoyo militar y diplomático a los ocupantes, quienes ya habían matado, probablemente, a un cuarto de la población con incesante y decisivo apoyo de Estados Unidos y el Reino Unido, el cual continuó hasta mucho después de que el ejército indonés virtualmente destruyera al país en un último paroxismo de violencia en agosto y septiembre de 1999. Este es solo uno de muchos casos similares, pero por sí solo es más que suficiente para desechar las profesiones de horror acerca de Racak.

En Kosovo, los estimados occidentales dicen que cerca de 2,000 fueron asesinados en el año previo a la invasión. Si los británicos y otras evaluaciones son exactas, la mayoría de ellos fueron asesinados por las guerrillas de la KLA. Uno de los pocos estudios escolásticos serios que siquiera considera el asunto estima que 500 de los 2,000 fueron asesinados por los serbios. Este es el cuidadoso y juicioso estudio de Nicholas Wheeler, quien apoyaba el bombardeo de la OTAN en base de que hubiese habido mayores

(23) Para mayores detalles, véase: CHOMSKY, Noam. *A New Generation Draws the Line*. Verso, 2000. Crítica cómo la OTAN instantáneamente volteó la resolución del Consejo de Seguridad, la misma que ellos propiciaron. GOLDSTONE. *Op. cit.*; reconoce que la resolución era un compromiso pero que no entra en la materia, que no suscitó ningún interés en el occidente.

(24) Las únicas reseñas detalladas que conozco están en mis libros citados en las dos notas precedentes, con algunas adiciones de la indagación del parlamento británico en *Hegemony or Survival*.

atrocidades si la OTAN no hubiese bombardeado⁽²⁵⁾. El argumento es que bombardeando con la anticipación de que hubiese llevado a atrocidades, la OTAN estaba previniendo atrocidades, quizás un segundo Auschwitz, según algunos. El que estos argumentos sean tomados en serio, como lo son, no representa la menor introspección dentro de la intelectualidad occidental, particularmente cuando recordamos que habían opciones diplomáticas y que el acuerdo alcanzado luego del bombardeo fue un compromiso entre ellos (formalmente, por lo menos).

El juez Goldstone parece tener sus reservas sobre este asunto, también. Reconoce -como pocos- que el bombardeo de la OTAN no fue utilizado para proteger a la población albana de Kosovo, y que su "resultado directo" fue una "tremenda catástrofe" para los kosovos como fue anticipado por el comando de la OTAN y el Departamento de Estado, seguida por otra catástrofe particularmente para los serbios y Roma bajo la ocupación OTAN-ONU. Los comentaristas de la OTAN y sus partidarios, continúa el juez Goldstone, "han tenido que consolarse a sí mismos con la creencia de que Operation Horseshoe, el plan serbio de limpieza étnica, dirigida contra los albanos en Kosovo, había sido puesto en acción antes de que el bombardeo empezara, y no en consecuencia del bombardeo". La palabra "creencia" es apropiada: no hay evidencia en el voluminoso registro occidental de que algo haya sido puesto en acción antes de que los monitores internacionales hayan sido retirados en preparación del bombardeo, y muy poco en los pocos días antes de que el bombardeo empezara, y *Operation Horseshoe* ha sido, desde entonces, expuesta como una aparente fabricación de inteligencia, aunque difícilmente se pueda poner en duda que Serbia tenía planes de contingencia, hasta la actualidad desconocidos, para este tipo de acciones en respuesta a un ataque de la OTAN.

Es difícil, entonces, ver cómo podemos aceptar las conclusiones de la Comisión Internacional, luego de un serio y mesurado esfuerzo para lidiar con los resultados, con respecto a la legitimidad del bombardeo.

Los hechos no son realmente controversiales, como cualquier interesado puede determinar. Supongo que es por eso que el voluminoso registro

documental occidental es tan escrupulosamente ignorado. Cualquiera que sea el juicio personal de uno sobre el bombardeo, no está en discusión aquí, la conclusión estándar de que haya sido un ejemplo no controversial de guerra justa y la demostración decisiva de la "revolución normativa" conducida por los "Estados iluminados" es, por decir lo menos, algo, perturbante -a no ser, desde luego- que regresemos al mismo principio: los truismos morales deben ser mandados a las llamas, cuando son aplicados a nosotros.

Pasemos al segundo caso, la guerra de Afganistán, considerada como ejemplo paradigmático de guerra justa, acerca de la cual escasamente hay discusión alguna. La respetada filósofa político moral Jean Bethke Elshtain resume la opinión recibida de manera muy exacta cuando escribe aprobatoriamente que solo los pacifistas absolutos y los completamente lunáticos dudan de que esta fue, indiscutiblemente, una guerra justa. Aquí, una vez más, surgen preguntas objetivas. Primero, recordemos los objetivos de la guerra: castigar a los afganos hasta que el Talibán estuviese de acuerdo en entregar Osama Bin Laden sin ninguna evidencia. Contrario a tanto comentario posterior, derrocar al régimen Talibán fue una idea tardía, agregada después de varias semanas de bombardeo. Segundo, hay muy buena evidencia referente a la creencia de que solo los lunáticos o pacifistas absolutos no se unieron al coro de aprobación. Una encuesta internacional *Gallup* después del bombardeo fue anunciada pero antes de que esta empezara encontró un apoyo muy limitado; casi ninguno si es que civiles fueron objetivos, como fue desde un primer momento; e incluso ese tibio apoyo fue basado en la presuposición de que los objetivos eran sabidos de ser los responsables de los ataques del 11 de septiembre. No lo eran. Ocho meses después, el jefe del FBI testificó ante el Senado que después de la más intensa indagación de inteligencia internacional de la historia, lo más que podía ser dicho era que el plan "se creía" había sido maquinado en Afganistán, mientras que los ataques fueron planeados y financiados en otro lugar. Se sigue que no hubo apoyo popular detectable para el bombardeo, contrario a las confidentes declaraciones estándares, aparte de algunos pocos países; y, desde luego, élites

(25) WHEELER, Nicholas. *Saving Strangers: Humanitarian Intervention and International Society*. Oxford, 2000.

occidentales. La opinión afgana es más difícil de estimar, pero sí sabemos que después de varias semanas de bombardeo, las principales figuras antitalibanas, incluidas algunas de las más respetadas por los Estados Unidos y el presidente Karzai, estuvieron denunciando el bombardeo, haciendo un llamado a que lo detengan, y acusando a los Estados Unidos de bombardear solo para “mostrar su poderío” mientras socavaban sus esfuerzos por derrocar a los Talibanes desde adentro.

Si adoptamos el truísmo de que los hechos cuentan, surgen algunos problemas, pero hay un poco de miedo de reconocerlo.

Seguidamente vienen las preguntas de la guerra justa. En un primer momento, surge el asunto de la universalidad. Si los Estados Unidos están incuestionablemente autorizados para bombardear otro país para forzar a sus líderes a entregar a alguien que sospecha de estar involucrado en un acto terrorista, entonces, *a fortiori*, Cuba, Nicaragua y un sin número de otros tendrían el derecho de bombardear a los Estados Unidos ya que no hay duda de estar involucrado en actos de terrorismo muy serios en contra de ellos: en el caso de Cuba, retrocediendo 45 años, extensamente documentado en fuentes impecables y no cuestionadas; en el caso de Nicaragua, incluso siendo condenado por la Corte Internacional de Justicia y el Consejo de Seguridad (en resoluciones vetadas), después de lo cual los Estados Unidos aumentaron el ataque. Esta conclusión se sigue, de seguro, si aceptamos el principio de la universalidad. La conclusión es, desde luego, atroz y defendida por nadie. Por lo tanto, concluimos, una vez más, que el principio de la universalidad tiene una crucial excepción, y que el rechazo de los truísmos morales elementales están tan profundamente atrincherados que siquiera hacer la pregunta es considerado como una inefable abominación. Ese es aún otro comentario instructivo para la cultura intelectual y moral prevaleciente, con su principado rechazo de perogrulladas inaceptables.

La guerra de Irak ha sido considerada más controversial, así que hay una extensa literatura

profesional debatiendo si es que satisface el Derecho Internacional y los criterios de guerra justa. Un distinguido estudioso, Michael Glennon de la Fletcher School of Law and Diplomacy, discute directamente si es que el Derecho Internacional es simplemente “aire caliente” y debería ser abandonado porque la práctica de los Estados no se conforma con él: lo que significa que los Estados Unidos y sus aliados lo ignoran. Un mayor defecto del Derecho Internacional y que el *charter* de la ONU, discute, es que ellos limitan la capacidad de los Estados Unidos de recurrir a la fuerza, y que ese recurso es correcto y bueno porque los Estados Unidos encabezan a los “Estados iluminados” (su frase), aparentemente por definición: ninguna evidencia ni argumento es aducido, o considerado necesario. Otro respetado estudioso discute que los Estados Unidos y el Reino Unido estaban, de hecho, actuando de acuerdo con el *charter* de la ONU, bajo una “interpretación comunitaria” de sus provisiones: ellos llevaban a cabo la voluntad de la comunidad internacional, en una misión implícitamente delegada a ellos porque ellos por sí solos tenían el poder de llevarla a cabo⁽²⁶⁾. Es aparentemente irrelevante que en la comunidad internacional se haya vociferadamente objetado, en un nivel sin precedentes si la gente está incluida dentro de la comunidad internacional, pero incluso entre las élites.

Otros observan que la ley es un instrumento vivo, siendo su significado determinado por la práctica, y la misma demuestra que nuevas normas han sido establecidas permitiendo “defensa propia anticipatoria”, otro eufemismo para la agresión a discreción. La asunción tácita es que las normas son establecidas por los poderosos y que ellos por sí solos tienen el derecho anticipado de la defensa propia. Nadie, por ejemplo, discutiría que Japón ejerció su derecho cuando bombardeó las bases militares en las colonias estadounidenses de Hawai y las de Filipinas, aunque los japoneses supieran muy bien que los B-17 *Flying Fortress* estaban saliendo de la línea de producción de la Boeing, y estaban seguramente familiarizados con la muy pública discusión en los Estados Unidos

(26) STAHN, Carston. *Enforcement of the Collective Hill alter Iraq*. En: *American Journal of International Law*. Número 97, 2003. pp. 804-823. Para más sobre estos temas, incluyendo las influyentes ideas de Gannon y su rechazo de otros truísmos morales, véase mi artículo y otros en: *Review of International Studies*. 29.4. Octubre, 2003; y, *Hegemony or Survival*.

de cómo podían ser utilizados para incinerar las ciudades de madera de Japón en una guerra de exterminación, volando desde las bases en Hawai y en Filipinas⁽²⁷⁾. Tampoco, nadie concedería ese derecho a ningún Estado hoy en día, aparte de los autodeclarados “Estados iluminados”, los cuales tienen el poder de determinar normas y aplicarlas selectivamente a voluntad, asoleándose en elogios por su nobleza, generosidad y visiones mesiánicas de lo que es lo bueno.

No hay nada particularmente novedoso acerca de esto, aparte de un aspecto. Los medios de destrucción que han sido desarrollados son, hasta ahora, increíbles, y los riesgos de desplegarlos y usarlos es tan enorme, que un racional observador marciano no categorizaría muy alto los prospectos de supervivencia de esta curiosa especie, mientras que el desprecio a los truismos morales elementales se mantenga tan atrincherada entre las élites educadas.⁴⁵

(27) Véase: FRANKLIN, Bruce. *War Stars*. Oxford, 1988.